

Fiódor Dostoyevski

El sueño de un hombre
ridículo

Bobok

La sumisa

Traducción de Natalia Dvórkina



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Son smeshnogo cheloveka - Bobok - Krotkaia*

Primera edición: 2011
Séptima reimpresión: 2024

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Duncan Walter: *Strange* (detalle). © Getty Images
Selección de imagen: Laura Gómez Cuesta

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Natalia Dvórkina, 2011
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2011, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-6454-5
Depósito legal: M. 41.285-2011
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 El sueño de un hombre ridículo
- 47 Bobok
- 79 La sumisa

El sueño de un hombre ridículo

I

Soy un hombre ridículo. De hecho, ahora ellos me llaman loco. Podría considerarse un ascenso de categoría, si no fuera porque sigo siendo para ellos igual de ridículo que antes. Pero ahora ya no me enfado, ahora todos ellos me son simpáticos, aun cuando se ríen de mí; es más, en estas ocasiones, por alguna razón me resultan particularmente simpáticos. Incluso estaría dispuesto a reír con ellos –no de mí mismo, sino por el afecto que les tengo– si no sintiera tanta pena al mirarlos. Me dan pena porque no conocen la verdad, mientras que yo sí la conozco. ¡Qué difícil es ser el único que conoce la verdad! Pero esto es algo que ellos no entenderían. No, no lo entenderían.

Antes me angustiaba mucho parecer ridículo. No lo parecía, lo era. Siempre fui ridículo, posiblemente-

te lo sabía desde el mismo momento en que nació. Posiblemente, a los siete años ya sabía que era ridículo. Luego estudié en la escuela, después en la universidad, y bien, cuanto más estudiaba, más conciencia tomaba de que era ridículo. De este modo, al parecer, todos mis estudios universitarios al fin y al cabo sólo sirvieron para probarme, a medida que profundizaba en ellos, que era ridículo. Mi vida discurría de una forma semejante a la de mis estudios. A medida que pasaban los años, dentro de mí crecía y se fortalecía la misma conciencia de que era ridículo en todos los aspectos. Todo el mundo siempre se reía de mí. Pero ellos no sabían y ni tan siquiera sospechaban que si en el mundo existía una persona que sabía mejor que nadie que era ridículo, esta persona era yo mismo. El hecho de que no lo supieran era lo que más me ofendía, pero el culpable de ello era yo mismo: siempre fui tan orgulloso que nunca, bajo ningún concepto, quise reconocerlo ante nadie. Este orgullo iba creciendo en mí con los años, y si por alguna casualidad de la vida me hubiera permitido reconocer ante alguien, sea quien fuera esta persona, que era ridículo, creo que enseguida, aquella misma noche, me habría volado la cabeza de un tiro. ¡Oh, cuánto sufrí en mi adolescencia ante la terrible posibilidad de no poder aguantar más y acabar por confesarlo a mis compañeros!

Sin embargo, aunque con el paso de los años seguía aprendiendo cada vez más sobre mi horrible

cualidad, con la llegada de la juventud por alguna razón me tranquilicé un poco. Y digo por alguna razón porque hasta ahora no he conseguido dar con ella. Posiblemente sucedió así porque en mi alma poco a poco se acrecentaba una terrible angustia provocada por una circunstancia infinitamente superior a mí persona: era la convicción de que en este mundo en todas partes todo *da igual*. Hacía mucho que lo presentía, pero la convicción plena se me reveló este último año, como de repente. De pronto sentí que me daba igual que el mundo existiera o que no hubiera nada en ninguna parte. Empecé a percibir y a sentir con toda mi alma que nada había existido durante mi vida. Al principio me parecía que antes sí que habían existido muchas cosas, pero luego llegué a comprender que antes tampoco había existido nada, sólo que por alguna razón así me había parecido. Poco a poco llegué a la convicción de que tampoco existiría nunca nada.

Entonces de pronto dejé de estar enfadado con la gente y casi dejé de reparar en ella. De hecho, esto se percibía incluso en las trivialidades más pequeñas: por ejemplo, en algunas ocasiones iba por la calle y tropezaba con la gente. No es que estuviera sumido en mis pensamientos: en qué podría estar pensando si en aquel entonces dejé de pensar por completo, todo me daba igual.

Ojalá al menos hubiera encontrado respuestas a las preguntas; pues no, no encontré ni una; y por

cierto, ¿cuántas eran? Pero todo empezó a darme igual y todas las preguntas se desvanecieron.

Fue entonces, después de aquello, cuando conocí la verdad. Se me reveló el noviembre pasado, concretamente el 3 de noviembre, y desde entonces no he vivido ni un instante sin recordarlo. Ocurrió en una noche lúgubre, la noche más lúgubre que pudiera existir. Regresaba a casa, pasadas las diez, y recuerdo haber pensado precisamente que el tiempo no podía ser más sombrío, incluso en un sentido puramente físico. Había llovido a cántaros durante todo el día, y recuerdo que la lluvia era muy fría y tétrica, hasta en cierto sentido amenazadora, con una patente hostilidad hacia la gente. Pasadas las diez, dejó de llover repentinamente, pero todo se llenó de una humedad horrorosa, aún más fría y húmeda que durante la lluvia; una especie de vaho emanaba de todas las cosas, de cada piedra de la calle y de cada callejón, bastaba con mirar allí, al fondo, desde fuera. De pronto imaginé que si el gas se apagara por doquier sería casi un consuelo porque la luz de gas al iluminarlo todo inundaba de tristeza el corazón. Aquel día casi no había comido y desde primeras horas de la tarde había estado en casa de un ingeniero en compañía de dos conocidos suyos. Permanecí callado todo el rato y al parecer se hartaron de mí. Hablaban de algo polémico y al final incluso llegaron a acalorarse. Sin embargo, veía que les daba igual y se acaloraban sin ninguna razón en

especial. De pronto decidí decírselo: «Señores –les dije–, pero si a ustedes esto les da igual». Sin embargo, no se ofendieron, sino que se rieron de mí. Lo hicieron porque se lo dije sin reproche alguno, sencillamente porque me daba igual. Ellos lo percibieron y les pareció divertido.

Cuando, en la calle, me vino a la mente lo del gas, miré al cielo. Estaba terriblemente oscuro, pero en él se podían distinguir claramente nubes desgarradas y negras manchas sin fondo entre ellas. De pronto advertí una estrellita en una de esas manchas y me quedé mirándola fijamente. Lo hice porque aquella estrellita me condujo a una idea: tomé la decisión de suicidarme aquella misma noche. Hacía ya dos meses que lo había decidido firmemente y a pesar de ser pobre, había comprado un revólver excelente que había dejado cargado aquel mismo día. Sin embargo, transcurridos dos meses, el revólver seguía guardado en el cajón, pero todo me daba igual hasta tal punto que finalmente quise esperar el momento cuando no me resultara tan indiferente, aunque no sé por qué tomé esta decisión. Así pues, durante aquellos dos meses cada noche camino a casa pensaba que me iba a pegar un tiro. Sólo seguía esperando el momento adecuado. Cuando la estrellita me dio aquella idea, decidí que lo haría *sin falta* aquella misma noche. Sin embargo, la razón por la que la estrellita me llevó a aquella idea es algo que ignoro.

Fue entonces, mientras estaba mirando al cielo, cuando aquella niña me agarró de repente del codo. La calle estaba desierta, no había casi nadie. A lo lejos dormitaba un cochero, sentado en su carruaje. La niña tenía unos ocho años, llevaba un pañuelo y un vestido, sin ninguna prenda de abrigo; estaba empapada, pero lo que se me quedó grabado en la memoria fueron sobre todo sus zapatos rotos y mojados. Hasta ahora los recuerdo, fue lo que más me llamó la atención. Se puso a tirarme del codo y a llamarme. No lloraba, pero de su boca salían algunas palabras entrecortadas que no conseguía pronunciar bien porque todo su cuerpo tiritaba por el frío. Estaba horrorizada por algo y gritaba desconsolada: «¡Mamá! ¡Mamá!». Por un instante volví la cara hacia ella, pero no le dije nada y seguí mi camino; sin embargo, ella corría a mi lado tirándome de la ropa y pude percibir en su voz aquel tono que delata la desolación en niños muy asustados. Conozco este tono. Aunque la niña no acababa de pronunciar las palabras, comprendí que su madre estaba muriéndose en algún lugar o que algo les había pasado por lo que se había precipitado a la calle a llamar a alguien o encontrar algo para ayudar a su madre. Sin embargo, no la seguí, sino todo lo contrario; de pronto decidí librarme de ella. Primero le dije que fuera a buscar a un guardia. Pero ella juntó sus manitas y entre sollozos y casi sin aliento seguía corriendo a mi lado sin dejarme en paz. Entonces pa-

teé el suelo para asustarla y le grité. La niña exclamó tan sólo: «¡Señor, señor!...», luego de repente me dejó y cruzó la calle a todo correr: allí apareció un transeúnte y por lo visto se dirigió hacia él.

Subí a mi quinto piso. Vivo en una casa donde alquilan habitaciones. La mía es pequeña y pobre, con una ventana semirredonda como las de las buhardillas. Tengo un sofá tapizado de hule, una mesa con libros encima, dos sillas y un sillón, ya muy viejo, pero al menos cómodo y orejero. Me senté, encendí una vela y me puse a pensar.

En la habitación contigua, separada de la mía por un tabique, continuaba la juerga que había comenzado hacía dos días. Allí vivía un capitán retirado que tenía de invitados a unos seis individuos de mala calaña que bebían vodka y jugaban al faraón con naipes viejos. La noche anterior se habían peleado y sé que dos de ellos estuvieron largo rato tirándose de los pelos el uno al otro. La dueña quería ir a quejarse, pero le tiene un miedo atroz al capitán. No tenemos otros inquilinos más que una señora bajita y delgada, esposa de militar, que llegó a nuestra casa con tres niños pequeños que se pusieron enfermos cuando ya vivían aquí. Tanto ella como los niños le tienen tanto miedo al capitán que están a punto de desmayarse cuando se cruzan con él y se pasan las noches temblando y persiguiéndose; al más pequeño incluso le dio un ataque por el miedo.

Sé de cierto que este capitán en ocasiones se dirige a los transeúntes en la avenida Nevsky para pedirles limosna. No lo admiten en el servicio activo, pero por extraño que parezca (de hecho, es por ello por lo que lo cuento), en todo el mes que lleva viviendo con nosotros, este capitán no me ha incomodado en absoluto. Por supuesto, evité trabar relación con él desde un principio y, en todo caso, a él le aburrió mi compañía desde nuestro primer encuentro, pero por mucho que griten allí, tras el tabique, y por muchos que sean, a mí siempre me da igual. Hasta tal punto me olvido de ellos que paso toda la noche sentado sin tan siquiera oírlos. Porque durante el último año me resulta imposible conciliar el sueño por las noches hasta el amanecer. Me quedo sentado toda la noche en el sillón al lado de la mesa, sin hacer nada. Los libros sólo los leo de día. Permanezco sentado allí sin tan siquiera pensar, y aunque algunas ideas deambulan por mi mente, las dejo libres. La vela entera se consume durante la noche.

Me senté a la mesa, tranquilo, saqué el revólver y lo puse delante de mí. Recuerdo que al hacerlo me pregunté: «¿Seguro?», y me contesté, plenamente convencido: «Sí». O sea que me iba a suicidar. Sabía que aquella noche sin falta me iba a pegar un tiro, lo que no sabía era cuánto tiempo me iba a quedar sentado a la mesa antes de hacerlo. Y me habría suicidado, sin duda alguna, si no hubiera sido por aquella niña.

II

Verán, aunque todo me daba igual, sí que podía, por ejemplo, experimentar el dolor. Si alguien me hubiera pegado, habría sentido dolor. Lo mismo acontecía en el aspecto moral: si hubiera ocurrido algo especialmente triste, me habría dado lástima, justo como en aquellos tiempos cuando las cosas de la vida aún no me daban todas lo mismo. De hecho, antes, en la calle, había sentido lástima, ya que a un niño seguramente le habría ayudado. Entonces, ¿por qué no había ayudado a aquella niña? Pues por una idea que apareció en mi mente mientras ella tiraba de mi ropa y me llamaba; fue en aquel momento cuando de pronto se me planteó una pregunta a la que no pude encontrar respuesta.

Era una pregunta vana y sin embargo me enfadé. Mi enfado provenía de la conclusión de que, ya que había decidido suicidarme aquella noche, todas las cosas del mundo deberían resultarme aún más indiferentes que antes. Si esto era cierto, ¿por qué de repente sentí que no me daba igual y que me compadecía de la niña? Recuerdo que me dio mucha lástima, hasta el punto de causarme un dolor extraño y completamente inverosímil en mi situación. La verdad es que no sé describir mejor la fugaz sensación que había tenido en aquel momento en la calle, pero ya en casa sentado a la mesa, seguía teniendo la misma sensación y estaba muy irritado, como no lo ha-

bía estado hacía tiempo. Un razonamiento venía tras otro. Era obvio que sí yo era una persona, no un cero —y mientras no me convirtiera en un cero—, vivía, y por consiguiente podía sufrir, enfadarme y sentir vergüenza de mis actos. Supongamos que esto fuera cierto. Pero si iba a suicidarme dentro de, digamos, dos horas, entonces, ¿por qué tenía que preocuparme por la niña y por qué había de importarme la vergüenza ni nada en el mundo? Me iba a convertir en un cero, en un cero absoluto. ¿Acaso la conciencia de que dejaría de existir *por completo*, y de que por lo tanto, tampoco existiría nada, acaso aquella conciencia no afectaba en lo más mínimo al sentimiento de compasión por la niña ni al sentimiento de vergüenza por la vileza que cometí? Porque si había pateado el suelo y le había gritado violentamente a la pobre criatura fue como para decir «no sólo no siento lástima, sino que cometo una vileza inhumana porque ahora puedo, porque dentro de dos horas todo se desvanecerá». ¿Pueden creer que grité por eso? Ahora estoy casi seguro de ello. Resultaba obvio que la vida y el mundo entero en aquel momento era como si dependieran de mí.

Podría decirse incluso que el mundo entonces era como si estuviera hecho para mí solo: si me pegaba un tiro, el mundo dejaría de existir, al menos para mí. Por no decir ya que quizás de hecho no existiría nada para nadie después de mí, y que tan pronto se extinguiera mi conciencia, enseguida se desvanecer-

ría todo el mundo, como un fantasma, como un atributo propio sólo de mi conciencia, y dejaría de existir, puesto que posiblemente todo este mundo y toda esta gente no eran otra cosa más que yo mismo. Recuerdo que, sentado allí, reflexionaba y daba vueltas a todas esas nuevas preguntas que una tras otra se agolpaban en mi cabeza, las desviaba hacia sentidos completamente distintos de los que habían tenido y me imaginaba algo totalmente nuevo. Por ejemplo, de pronto tuve un pensamiento extraño y era que si anteriormente hubiera vivido en la Luna o en Marte y hubiera cometido allí el acto más vergonzoso y deshonesto que se pudiera imaginar, y si por ello hubiera sido vejado e infamado hasta aquel punto que puede sentirse y percibirse tan sólo algunas veces en un sueño, en una pesadilla, y si, después, al encontrarme en la Tierra, siguiera conservando la conciencia de lo que había hecho en aquel otro planeta y, además, supiera que en ningún caso, nunca jamás, volvería allí, entonces, cuando mirara la Luna desde la Tierra, ¿me *daría igual* o no? ¿Sentiría vergüenza por aquel acto o no? Eran preguntas vanas e innecesarias porque el revólver estaba ya delante de mí, y con todo mi ser sabía que *esto* seguramente sucedería, y sin embargo me acaloraban y me enfurecían. Era como si no pudiera morir en aquel momento sin previamente haber resuelto algo. En una palabra, aquella niña me salvó porque con las preguntas retrasé el disparo. Mientras tanto,

el ambiente en la habitación del capitán empezaba a calmarse: habían terminado de jugar a naipes y se acomodaban para dormir, mientras refunfuñaban y, con displicencia, remataban sus discusiones. Fue entonces cuando de pronto me quedé dormido, sentado a la mesa, en el sillón, cosa que nunca me había ocurrido antes. Me dormí sin advertirlo. Ya se sabe que los sueños son algo extremadamente extraño: algunas cosas se nos presentan con una claridad espeluznante, tan elaboradas en todos sus detalles como si fueran obra de un joyero, mientras que otras, por ejemplo el espacio y el tiempo, las pasamos por alto, como si no las percibiéramos en absoluto. Parece ser que los sueños vienen inspirados por el deseo y no por la razón, por el corazón y no por la mente, y no obstante, ¡qué cosas tan ingeniosas ha perpetrado algunas veces mi mente en el sueño! Además, en el sueño ocurren hechos totalmente inconcebibles. Mi hermano, por ejemplo, murió hace cinco años. A veces lo veo en los sueños: participa en mis gestiones, los dos estamos muy interesados en ello, y no obstante, a lo largo de todo el sueño tengo presente que mi hermano está muerto y enterrado y soy totalmente consciente de ello. ¿Por qué entonces no me sorprende que él, a pesar de estar muerto, se encuentre aquí a mi lado y haga todas estas gestiones conmigo? ¿Por qué mi mente permite todo esto? Pero, bueno, ya es suficiente.

Les explicaré mi sueño. Sí, fue entonces cuando lo tuve, ¡mi sueño del 3 de noviembre! Ahora ellos intentan desmoralizarme diciendo que tan sólo fue un sueño. Pero ¿acaso importa que lo haya sido o no si este sueño me ha revelado la Verdad? Porque si uno alguna vez ha conocido la verdad y la ha visto, entonces sabe que ésta es la verdad y no existe ni puede existir ninguna otra, ni en el sueño ni en la vida real. Pues que sea un sueño, que lo sea, pero esta vida que ustedes tanto elogian quería extinguirla suicidándome, pero mi sueño, este sueño mío, ¡oh, me anunció una vida nueva, magnífica, renovada, llena de fuerza!

Así pues, presten atención.

III

Ya he dicho que me dormí sin advertirlo e incluso como si todavía reflexionara sobre las mismas cuestiones. De pronto soñé que cogía el revólver y, sentado, apuntaba directamente al corazón –al corazón y no a la cabeza, si bien antes había decidido firmemente suicidarme con un disparo en la cabeza, y precisamente en la sien derecha–. Esperé un par de segundos con el revólver dirigido al pecho, pero de pronto la vela, la mesa y la pared que tenía delante empezaron a moverse y a agitarse. Me apresuré a disparar.

En los sueños uno cae a veces de gran altura, le asestan una puñalada o le pegan, pero nunca siente, dolor, excepto posiblemente cuando uno mismo de alguna manera se da un golpe de verdad en la cama, entonces sí que siente dolor y casi en todos los casos se despierta por ello. Así ocurrió también en aquel sueño mío: no sentí dolor y sin embargo, tuve la sensación de que en el momento del disparo todo en mí se conmovió, y de pronto el mundo a mi alrededor se apagó y se volvió horriblemente negro. Fue como si me hubiera vuelto ciego y mudo, y de pronto me encontré tumbado sobre algo duro, de espaldas, estirado, sin ver nada y sin poder hacer ni el más mínimo movimiento. La gente caminaba y gritaba a mí alrededor, el capitán hablaba en voz grave, la dueña chillaba —y de pronto, una pausa, y ya me llevaban en un ataúd cerrado—. Sentía el vaivén del ataúd y reflexionaba sobre ello, y de pronto por primera vez me sobrevino la idea de que de hecho había muerto, había muerto del todo, lo sabía y no lo dudaba, no podía ver ni moverme, aunque sí podía sentir y reflexionar. Pero al poco rato me reconcilié con ello y asumí la realidad sin cuestionarla, como suele ocurrir en los sueños.

Al final me cubrieron con tierra. Todos se fueron, y me quedé solo, absolutamente solo. Estaba inmóvil. Antes, cuando en la realidad me había imaginado cómo me sepultarían en una tumba, la tumba propiamente dicha se me asociaba sólo con la sen-

sación de humedad y frío. En aquel momento precisamente sentía mucho frío, en especial en las puntas de los dedos de los pies, pero no sentía nada más.

Estaba estirado y, cosa extraña, no esperaba nada, aceptando sin discusiones que un muerto no tiene nada que esperar. Sin embargo, había mucha humedad. No sé cuánto tiempo pasó –una hora o unos días, o bien muchos días–. Pero de pronto sobre mi ojo izquierdo, que estaba cerrado, cayó una gota de agua que se había filtrado a través de la tapa del ataúd; luego, al cabo de un minuto, la siguió otra, después, al cabo de un minuto más, la tercera, y así sucesivamente, siempre al cabo de un minuto. Súbitamente, una profunda indignación inundó mi corazón, y de repente sentí en él un dolor físico: «es mi herida –pensé–, es el disparo, allí está la bala...». Mientras tanto, las gotas seguían cayendo cada minuto, directamente sobre mi ojo cerrado. Entonces clamé, no con la voz, pues estaba inmóvil, sino con todo mi ser, al señor de todo aquello que me sucedía: seas quien seas, si existes y si existe algo más razonable que lo que está ocurriendo ahora, déjale existir también aquí. Si en cambio te estás vengando de mí por el insensato suicidio a través de esta fea y absurda existencia posterior, ¡que sepas que ningún sufrimiento que me sobrevenga podrá compararse jamás con el desprecio que sentiré en silencio, aunque la tortura dure millones de años!...